

riamos sino en ella, en el arte, en la belleza, en el amor. Pero ya preparados por sus escritos, no podemos menos que evocar, en el teatro, á Darwin, á Haeckel y á Copérnico, que en realidad nada tienen que hacer en el asunto...

XIV

¡VIENESA, RUBIA VIENESA!



XIV

¡Vienesa, rubia vienesa!

¡Vienesa, rubia y lozana, al fin te encuentro después de tanto desear; al fin te veo, después de tanto soñar en ti! Y por una de esas venturas que no son frecuentes en el mundo de las sensaciones, la realidad triunfa del ensueño. Eres más bella que tu imagen, más seductora que tus retratos, más exquisita que tu fama. Los que, lejos de aquí, hablan de ti, dicen tu elegancia y tu hermosura; pero no tu encanto. Y en ti, como en tu hermana de París, lo más lindo son los intensos matices que ninguna estética define. Tu gracia tiene algo de teatral, algo de decorativo. Diríase que te has escapado de un fresco ó que vienes de un escenario. Desde el primer momento, te admiramos en la plenitud de tus encantos. Para no hacer mentir al seco Stendhal, que quiso siempre ver en ti el símbolo de la ingenuidad sen-

timental, deseas, desde luego, entregarte completa, sin restricciones, sin hipocresías, sin pudores, á la contemplación del mundo.

¡Ah! ¡cuán diferentes de ti son las mujeres de España y de Italia, que aun del más platónico admirador, aun del simple transeunte, exigen una atención muy larga antes de dejar ver su belleza! Tú pasas y, al pasar, buscas para tus líneas, para tu ritmo, la claridad de la apoteosis, mientras que las andaluzas, las toscanas, esconden de sí mismas, de sus gracias, de sus encantos, lo más que pueden. Es un asunto de religiosidad. Allá, en el mediodía, la iglesia ha convertido la belleza en un pecado. Aquí, á pesar de esta divina catedral de Santa Estefanía, á cuya sombra vives, el paganismo conserva su poder eterno. Cuando te encontramos nosotros los que venimos de lejanos países, sentimos algo que nos sorprende cual un milagro, y es tu desnudez; que no es casta y que es augusta.

* * *

Dicen, empero, que más que de tu belleza, estás orgullosa de tu elegancia. No me extraña. Todas las mujeres del mundo tienen sus manías. Tú tienes ésta y tienes, además, la de querer renunciar á tu originalidad para convertirme en una parisiense del norte. Pero por fortuna no lo conseguirás nunca. Tú, eres tú. Eres la vienesa, la rubia, la lozana, la garrida, la esbelta vienesa. Te vistes como la vienesa. Y si quieres que, adulador, te diga una de

aquellas mentiras que no están lejos de ser verdades, óyeme: te vistes mejor que la mismísima parisiense... No protestes. La modestia te va mal... Te vistes mejor, te digo, porque te vistes menos, mucho menos. Tu amor desenfrenado por las transparencias, por las faldas de gasa, por los corpiños de encajes, es una de tus más artísticas pasiones. A cada paso, en tu Viena soberbia, bajo los árboles del Práter, en las alamedas del Ring ó ante las vidrieras del Graben, te encuentro envuelta en calados trajes, cual una estatua de arcilla que el escultor no quiere dejar secar y que cubre de lienzos húmedos. ¡Ah! ¡Y con cuánto amor, con cuánto entusiasmo te siguen entonces mis ojos de pagano místico! Sólo que, ya que de modas hablamos, debo decirte, aun á riesgo de disgustarte, que las parisienses, respetuosas de las armonías frívolas, no llevan, como tú, estos trajes de encaje con sombreros de playa. Tú careces del sentido de lo correcto. En cambio tienes, y tal vez esto vale más, el don de lo fantástico.

Esos monumentales lazos de sedas vivas, rojas, azules, amarillas, que estrechan tu cintura y que bajan hasta el suelo resbalando sobre tu falda; esas flores enormes en tu frondosa cabeza; esos zapatitos rojos con adornos áureos, con guirnaldas de perlas falsas y de zafiros de vidrio, esos peregrinos zapatitos que dejas ver complacientemente al apearte de los coches; esas corbatas multicoloras, magníficas y extrañas, que vuelan cual mariposas glotonas

sobre la flor de tu seno; esos aretes venidos de Hungría que te acarician las mejillas al balancearse; esos sombreros que parecen sombrillas desde lejos; esos sombreros que son techos complicados, no son de París. Son de Viena. Y no me digas, sonriendo con malicia infantil:

— ¡En París los compré!...

Porque si me lo dices, vienesa, allí está el árbitro de las elegancias que exclamará desdeñoso:

— Son artículos para la exportación.

* * *

¡Para la exportación!...

¿Pero acaso no eres tú misma, ¡oh! vienesa, la más bella muñeca viva que hoy se exporta? Por todas partes, al azar de mis romerías apasionadas, te he encontrado. He visto tus brazos soberbios, enteramente desnudos, en las haciendas tropicales; he oído tu voz, que sólo es un pretexto para exhibir tu belleza, en los cafés-conciertos levantinos donde la vecindad de las bailadoras negras y de los que comen serpientes no parecían espantarte: te he visto en los bars de Nueva York, allá en la calle 14, en el fondo de patios misteriosos, con las manos cubiertas de diamantes y el cuello rodeado de collares. Te he visto en San Paoli de Hamburgo, á orillas del Báltico helado, bailando tus vales natales entre marineros borrachos, bailando incansablemente, bailando sin reposo. Y en todas las ferias de todo el mundo, con tu traje blanco y tus cintas azules, te he

visto formando parte de las famosas cruestas de «damas austriacas», ó, acompañada de un gomoso de frac, dando saltos en un tinglado.

Sí, vienesa: eres la mujer de exportación. Para ello posees las mejores cualidades que se requieren. Eres durable y eres bella. Te aclimatas sin pena bajo todos los cielos. Además eres alegre con una alegría plástica, alegre exteriormente, alegre como los pájaros y las flores.

* * *

Vas á decirme:

— Todo eso lo tiene la parisiense.

Tal vez.

Pero ni la parisiense, ni ninguna otra mujer profesionalmente bella, tiene este aire tuyo de honradez, de franqueza, de lealtad.

¿Sonríes y me encuentras cándido? Es porque no has notado que hablo de tu cuerpo y no de tu alma. En el fondo todas las mujeres son iguales, todas son peores, como dice Pierrot. Pero lo que me importa, que es lo externo, es en ti, más que en las demás, honrado. Tu honradez está en tus ojos, está en tus labios. Tú no conoces, cual la parisiense, el arte diabólico de alejarte sin dar un paso, de despreciar sin hacer un gesto, de insultar sin decir una palabra. Y esto es, sin duda, lo que te hace querer, lo que te hace admirar por todas partes. Los hombres de cualquier país, que tienen un miedo instintivo de tu hermana de París, van á ti sin reservas, sin temo-

res, casi sin inquietud. Van en busca de amor, que tú les das sin odio, sin burla. Porque tú eres, quizás, entre todas las que navegan en las galeras de Citerea, la única que sabe no detestar al que la ama. Es cierto que á veces, cuando alguien acaricia tus blancos senos con ternura, diciéndote al oído divinas tonterías pasionales, te distraes desdeñosamente; pero jamás te impacientas, jamás te muestras cruel, ni jamás, jamás irónica. ¡La ironía! ¡Esto es tal vez lo que te falta y esto es tal vez lo único que no falta nunca á la parisiense!

XV

GALANTES MEMORIAS